

En ella encontró á Diego.
 —Me has engañado anoche, le dijo.
 —Sí, Cristóbal, contestó Diego, os he tendido un lazo á Bartolomé y á tí para que no perezcais en ese peligroso viaje.
 —¿Qué has hecho?
 —Salvar vuestra vida....
 —No.... lo que has hecho es deshonorarnos.
 —¡Cristóbal!
 —¡Eres un miserable!
 —Hermano mio.
 —Todo ha acabado entre nosotros.... cuenta solo con mi odio.
 —Cristóbal.... ¡por piedad!
 —No volverás á verme nunca.
 Y lanzándose á un bote:
 —Avanza, dijo á un marinero, hasta llegar al buque de mí tío que aún se ve.
 Con algun trabajo logró alcanzarle.
 Bartolomé perdonó á Diego.
 Cristóbal no volvió á verle desde entónces.

CAPITULO LVIII.

Una reconciliacion.

El personaje desconocido, ó por lo ménos que habia permanecido hasta entónces en la colonia sin llamar la atencion de nadie; habia formado parte de la expedicion recomendado por el padre Boil, para el cual habia logrado cartas que le habian servido al logro de su objeto, que era el de acompañar á Colon en el viaje.

Solo sabian sus compañeros que se llamaba Diego, y que aunque no era sacerdote, por su traje, por su aspecto, por su carácter, tenia una gran vocacion para la carrera eclesiástica.

Hasta entónces habia sufrido con bondadosa resignacion todos los azares del nuevo viaje, todas las inclemencias de la colonia, y habia sido uno de los que más habian trabajado para realizar en todo y por todo los planes de Colon.

Siguiendo su enfermedad paso á paso, cualquier observador que hubiera tratado de averiguar en su fisonomía los sentimientos de su alma, hubiera leído en ella la ansiedad, el temor y á veces la esperanza.

Pero eran muchos los disgustos que habia sufrido el almirante.

Toda su fortaleza, toda su energía, todo su vigor, no bastaba para soportar el empuje de tan récios y encontrados huracanes.

Hubo un momento, como he dicho ya, en que su salud llegó á inspirar serios temores.

El padre Boil, jefe espiritual de la colonia, estaba al lado del enfermo, porque natural era que si acaecia una desgracia él fuera quien le reconciliase con Dios en los últimos momentos de su vida, quien escuchase su confesion y quien contribuyese á realizar sus propósitos nombrado por él, como debia nombrarle, su albacea moral, por decirlo así.

El modesto protegido del padre Boil, con timidez, se acercó á él y le dijo:

—Necesito, si me lo permitís, hablar á solas con Cristóbal Colon.

—Ya sabeis que está enfermo de gravedad.

—Sin embargo, es absolutamente necesario que yo le hable.

—Y ¿por qué ahora y no ántes?

—Es un misterio, padre Boil, que quizás no tardeis en saber. Cuanto mayor sea la gravedad del almirante, tanto más necesario es que yo le hable.

—Consultaremos al doctor Chanca para ver si se halla en situacion de oiros.

—Ved al doctor, añadió el padre Boil señalando al médico que salia de la habitacion donde estaba el almirante. ¿Cómo le dejais?

—Algo más sosegado. La fiebre ha disminuido y si des cansa, tal vez saldrá triunfante de la crisis. Su enfermedad es más moral que física. Aún hay naturaleza en él; aún puede resistir las inclemencias del tiempo, los disgustos de los hombres; las contrariedades de la vida son las heridas más profundas que tiene.

—Yo necesito hablarle, señor doctor, dijo el protegido del padre Boil.

—¿Con qué fin

—Creo tener en mi mano las medios de aliviar su alma y de ofrecerle algun consuelo.

—¿Vos? exclamaron el padre Boil y el doctor Chanca admirados.

—Yo, sí; hasta ahora me habeis visto permanecer silencioso y, sin embargo, la historia de mi vida está muy enlazada con la del almirante. Tal vez cuando le diga quién soy, cuando me reconozca al tenderme los brazos, experimentará una satisfaccion inmensa, tanto más cuanto que es inesperada.

—Esa emocion podrá perjudicarle.

—No lo creais, y para convencersos de ello podeis asistir á nuestra conferencia.

—El padre Boil os acompañará; yo voy á ver á otros enfermos que reclaman mi auxilio, dijo el doctor Chanca.

—Tened la bondad de acercaros á Colon, padre Boil, y decidle que uno de los marineros, el más humilde de todos, tiene que hacerle una revelacion en nombre de uno de sus hermanos.

—¿Y es eso cierto? preguntó el padre Boil.

—Vais á asistir á nuestra entrevista y os convencersos de ello.

Apénas comunicó el sacerdote al almirante los deseos del colono, en quien hasta entónces nadie habia reparado:

—Que pase, haced que pase, dijo reuniendo todas sus fuerzas para recibirle.

—Señor, exclamó el colono acercándose al lecho....

—Me han dicho que teneis que hacerme una revelacion en nombre de un hermano mio. Por qué os habeis ocultado hasta ahora.

—Porque vuestro hermano me encargó que callase hasta encontrar una ocasion propicia, una ocasion en que la felicidad os predispusiera á oirme con benevolencia, ó en que vues-

tra desdicha fuese tan grande que encontraseis consuelo oyendo hablar de los seres queridos de vuestro corazón.

—¿Es mi hermano Bartolomé quien os ha encargado que me habéis en su nombre? preguntó Colon.

El desconocido experimentó una triste sensación.

Hizo un movimiento como queriendo decir:

—¡Siempre Bartolomé! ¡es el predilecto!

Pero deteniéndose:

—No, respondió; es vuestro hermano Diego quien me ha dado el encargo de hablaros en su nombre

—Diego, mi pobre hermano Diego, dijo Colon.

Y se quedó pensativo.

—Sin duda alguna, añadió después de una breve pausa, estará muy quejoso de mí. Cuando nos separamos, fui cruel; muy cruel, debí perdonarle, debí estrecharle contra mi corazón y no lo hice.

—¡Ah! ¿pero no es verdad que no me guarda rencor?

El debe haber sabido las desventuras de mi vida, porque mi vida ha sido tristemente célebre en toda Europa, y donde quiera que haya estado habrá oído hablar de mí.

Pero si he sabido las amarguras que he pasado, los obstáculos que he tenido que vencer para llegar á esta tumba que se abre á mis piés después de haberme ofrecido un sólio, me habrá perdonado, se habrá compadecido de mí, y acaso me envía con vos un ósculo de paz.

—No os habeis engañado, dijo su interlocutor, vuestro hermano Diego débil de carácter, pero generoso de alma, no os ha guardado rencor nunca. Desde el primer momento conoció que la impetuosidad de vuestro carácter tenía que ser necesariamente en algunos momentos irascible, y olvidó aquella escena que fué la última vez que os vió, quedando al separarse de vos con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Y qué ha sido desde entonces de su vida?

—Una lucha también. Vos partisteis; vuestro hermano Bartolomé os siguió. Los dos habíais nacido para las grandes aventuras, para luchar, para conquistar glorias y sufrir privaciones, y el mar abrió paso á las carabelas, en donde fuisteis en busca de aventuras, de gloria y de fortuna.

Pero Diego, el más débil, el más pusilánime, el más reposado de los hijos de Cristóbal Colon, el cardador de lanas de Génova, tenía un padre anciano, debía quedarse á su lado para velar por él; tenía una hermana joven, muy joven, sin madre, con un padre achacoso y enfermo.

Mientras sus hermanos corrían en pos de goces, él debía permanecer al lado de su familia, ser su sostén, su amparo y cerrar los ojos del pobre anciano cuando durmiera el sueño eterno.

—Con esas palabras, dijo Colon amargamente, me recordais lo ingrato que he sido con el pobre anciano que tan bondadoso fué para mí. Y no es que haya dejado de pensar en él, no; si he deseado adquirir una fortuna, ha sido para derramarla á manos llenas en su hogar; he deseado verle feliz, querido y satisfecho por haber dado el ser á seres agradecidos.

Pero mi vida ha sido una continua serie de desgracias.

Arrojado por la tempestad á las playas de Portugal, hallé en ellas amparo, los días que respiré la atmósfera que había en la corte de Portugal me hicieron ambicionar lo que más tarde he conseguido, y para consagrarme á mis ensueños tuve que trabajar día y noche para vivir en la miseria.

Calificado de visionario, de iluso, de demente; pobre, viudo, con un hijo muy niño aún, tuve que mendigar de puerta en puerta, llegar á pié hasta España y pedir en las puertas del monasterio los auxilios de la caridad.

Cuando la fortuna ha empezado á sonreirme para regresar,

he preguntado por mi padre, he preguntado por mis hermanos.

La república de Génova me ha contestado:

«Vuestro padre ha muerto; vuestra hermana está unida con el mejor operario de vuestro padre. Vive pobre, oscura; es una obrera, pertenece al estado llano, pero es feliz.

«Nadie sabe el paradero de vuestro hermano Diego.

«Vuestro hermano Bartolomé recorre el mundo: tal vez ahora está en Africa acompañando á los portugueses en alguna de sus más atrevidas empresas.»

¿Qué podía hacer por mi familia dispersa ya, sin hogar, sin lazos que me sujetasen?

Pero no por eso he olvidado á aquellos seres queridos de mi corazón, y sobre todo, ahora que me encuentro tan léjos de la patria en que nací, de la patria que me ha adoptado; en la que tantos favores me han dispensado; ahora que las fuerzas del alma y del cuerpo me abandonan, pienso con emoción en aquellos días hermosos de mi infancia, y en medio de la ociosidad que me rodea, los recuerdos me parecen rayos bellísimos de un sol de primavera, en medio de un invierno helado y nebuloso.

—¡Ah! prosiguió Colon verdaderamente conmovido, si yo tuviese aquí á mis hijos, á mis hermanos, á mi pobre padre, á aquella santa mujer que nos dió el sér y que nos abandonó tan pronto; ¡ah! ¡qué feliz sería legándoles mi gloria, mi fortuna, bendiciéndoles en el postrer instante!

Sé que la muerte me amenaza; sé que aunque quiera esforzarme para recuperar el vigor que me abandona, todo es inútil.

Tal vez la Providencia quiere librarme de los horrores que me esperan; tal vez mi enfermedad, el sueño eterno que me aguarda al final de ella, es el descanso y la tranquilidad que necesito.

Si vos volveis y yo me quedo aquí, si hallais al pobre hermano cuyo recuerdo acabais de evocar, decidle que siempre le he amado, que siempre he deseado su bien, que arrepentido al poco tiempo de haberme separado de su compañía, hubiera vuelto para estrecharle entre mis brazos; pero era imposible. Decidle que no le he olvidado nunca; y si es pobre, si sufre, podeis asegurarle que mis hijos partirán con él mi fortuna y mi gloria.

—Yo en su nombre os doy las gracias, exclamó el desconocido.

Y cayendo de rodillas, despues de vacilar un instante, profundamente conmovido y con voz trémula:

—¡Cristóbal! hermano mio, yo soy Diego, tu pobre hermano Diego, que hubiera deseado dártese á conocer en otra ocasión despues de haberte prestado un inmenso servicio. Este ha sido el objeto que le ha obligado á alistarse como el último de los soldados, como el más insignificante de los marineros para vivir al lado tuyo.

—Sí, es cierto, exclamó Colon incorporándose en el lecho y mirando fijamente á su hermano.... Esa mirada.... esa frente.... Sí, sí, tú eres, y bien sabe Dios que has venido á darme la vida, porque las lágrimas que asoman á mis ojos van á devolverme la vida. Ya no estoy solo, ya tengo una persona de quien fiarme; ya, aunque muera, moriré tranquilo, porque habrá quien me defienda de los que me calumnien.

El padre Boil, que asistia á la escena, tendiendo afectuosamente la mano á Diego, que era en efecto el hermano del almirante:

—Somos dos, dijo el sacerdote, los que velaremos á vuestro lado, los que os defenderemos, porque no creo que me hagais la injusticia de creer que, aunque me he opuesto á algunas de vuestras resoluciones, he dejado de reconocer en vos un génio superior.

--Gracias, padre mio, ya estoy más tranquilo.

No hay duda, viviré, viviré para llevar á cabo mi obra.

La alegría, en efecto, reanimó las fuerzas del almirante, y los cuidados de su hermano y del padre Boil, y las muestras de afecto de que fué objeto Diego y el almirante mismo, cuando se supo la escena que habia pasado entre los dos, devolvieron á los habitantes de la triste colonia la actividad, el aliento que habian perdido.

Algunos dias despues pudo levantarse Colon, y cuando estuvo restablecido:

—La ociosidad es la que nos mata. Quédense aquí los enfermos, los débiles; yo nombraré una junta de gobierno, de cuya direccion se encargará mi hermano Diego, y con los capitanes, los soldados, con los audaces marineros á quienes la molicie aniquila iremos á descubrir terreno, á visitar las montañas del Cibao, á registrar las ricas minas de oro que atesoran. Si es preciso luchar, lucharemos; hemos venido á difundir la religion, á despertar la fe, á dominar á este pueblo, no para esclavizarle, sino para emanciparle de la ignorancia con la luz de la religion y de la inteligencia.

Cumplamos nuestro propósito, llenemos nuestra mision y la satisfaccion de haberla cumplido renovará nuestras fuerzas cuando desmayen.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo por los capitanes y por los soldados, que deseaban satisfacer su curiosidad y su ambicion, y desplegaron todos la mayor actividad para pertrecharse, para prepararse á la expedicion, cuyos resultados debian ser definitivos.

Colon, satisfecho con la presencia inesperada de su hermano, seguro de que él vigilaria si no con energía al ménos con lealtad, tranquilo porque habia inspirado á todos los colonos gran afecto, se resolvió á partir para averiguar de una vez

cuál era la actitud de los indios, y si los tesoros que encerraba la isla valian la pena de los sacrificios que habia hecho y tenia que hacer en lo sucesivo.

De este modo, no solo inspiró á sus subordinados las ideas belicosas de que era susceptible, sino que, como veremos más adelante, llegaron á realizarse la mayor parte de los proyectos que formaba aquella inteligencia tan superior y espiritual.